

La Página Semanal

Programa de Fortalecimiento de la Educación Cristiana

Año 2, N° 58



Domingo, 7 de noviembre 2004

La Lectura

Lucas 20:27-38

El texto de hoy nos habla sobre nuestra vida en la tierra y sobre la resurrección que tenemos gracias a Jesús. Como veremos, nuestra resurrección comienza hoy y no después de la muerte, porque “Dios es un Dios de vivos y no de muertos”.

A Jesús se le acercan unos saduceos, personajes del círculo cercanos al Templo de Jerusalén. Ellos eran enemigos de Jesús, en cuanto Jesús venía a destruirles su institución de poder y extorsión como lo era el Templo en aquella época. Jesús había dicho que podía destruir el Templo y construirlo de nuevo en tres días (Juan 2:19), ya que Él es el nuevo fundamento de la fe y es por Él que accedemos a la salvación y vida eterna; no gracias a una construcción de piedra con un altar adentro. Al igual que los fariseos, los saduceos tratan de “hacer caer” a Jesús apelando a la ley mosaica (de Moisés), en este caso, utilizando la difícil situación de no tener descendencia. En la antigüedad, el hecho de tener hijos, en especial varones, era fundamental, ya que era el primer hijo varón, el que heredaba todos los bienes familiares, pero también, heredaba todas las responsabilidades, incluyendo la obligación de cuidar de sus padres ya ancianos. Es por esto que era esencial tener hijos, ya que de otro modo, se moriría solo y de hambre, sin nadie que lo cuide. El ejemplo de la viuda nos presenta una de las formas que el pueblo de Israel encontró para superar el problema de la descendencia. Claro está que para nuestra realidad, esto es impensable, pero en aquella época, no había tanta libertad en cuanto al matrimonio, como la hay hoy.

Siguiendo el relato, llegamos a la pregunta que le hacen a Jesús, ¿esposa de quién será la viuda luego de la muerte? Este ejemplo casi sin sentido, nos presenta una visión sobre la resurrección que perdura hasta la actualidad. Es la creencia de ver la resurrección y la nueva vida en Cristo como un evento que acontecerá después de la muerte y en donde todos estaremos reunidos en un nuevo lugar junto a Dios. Pero la respuesta de Jesús es tajante: *los que participan de la resurrección ya no pueden morir, ya que son hijos de Dios* (vv.34-36). ¿Qué significa esto? Que la vida plena en Cristo, la vida eterna y la salvación, no son algo que vendrá en un futuro, sino que comienza hoy, cuando confesamos a Cristo como nuestro Salvador: «Porque Él no es un Dios de muertos, sino de vivientes; todos en efecto, viven para Él» (v.39). Tanto Abraham, como Isaac y Jacob están vivos, en cuanto nunca murieron realmente en Dios. Quienes confiesan a Dios y dan testimonio de su Palabra en el mundo, no

mueren nunca, sino que tienen vida eterna. La vida que Dios nos regala por medio de Jesús, es una vida que comienza hoy y ahora, no después de la muerte.

La resurrección es un acontecimiento difícil de explicar y de entender. Ya lo había dicho el apóstol Pablo cuando le preguntaron sobre ello: «Alguien preguntará: ¿Cómo resucitan los muertos? ¿Con qué clase de cuerpo? Tu pregunta no tiene sentido» (1ª Co 15:35). Lo importante no es cómo vamos a estar luego de la muerte, sino cómo lo estamos hoy, mientras estamos vivos y gozamos de la vida que Dios nos dio. Jesucristo vino a darnos vida, para que la tengamos en abundancia. Si la aprovechamos hoy, seguramente la aprovecharemos en la gloria también. Ése es nuestro gozo como cristianos, la vida eterna que disfrutamos desde hoy, y desde hoy estamos con Cristo en nuestros corazones. Con Cristo ya hemos resucitado. Nuestra vida, nuestra fe y nuestras acciones, dan testimonio de ello.

La Actividad

Actividad sugerida

Materiales: Al menos dos huevos crudos.

Cuando hablamos de la muerte con los niños, es importante dejar en claro que como cristianos, no tememos a la muerte, porque la muerte fue vencida por Jesús en la cruz y en su resurrección. Lo que nos da pena y nos hace llorar, es que un ser querido ya no esté más físicamente con nosotros. Pero sabemos que su vida continúa, ya que si confesaba a Cristo, su vida eterna ya había comenzado antes de morir. Si nuestra fe no nos consuela ni nos da una respuesta satisfactoria ante el tema de la muerte y la vida, entonces no sirve de nada. Recordemos la sentencia de Pablo al hablar de la resurrección: «¡Si no hay resurrección, Cristo no resucitó! Y si Cristo no resucitó, es vana nuestra predicación y vana también la fe de ustedes. Incluso seríamos falsos testigos de Dios, porque atestiguamos que Él resucitó a Jesucristo, lo que es imposible, si los muertos no resucitan» (1ª Co 15:13-15). Es importante que los chicos puedan hablar de este tema abiertamente, y es la Iglesia, el lugar perfecto para hacerlo, aunque hay que tener en cuenta qué tradiciones trae cada niño desde su casa. Las/os catequistas deben mostrarse lo suficientemente seguras ante este tema como para que los niños puedan confiar y abrirse. Es muy cierto que, al final, la resurrección es un misterio, pero esto no nos impide creerlo, sino todo lo contrario, ya que nos hace poner nuestra fe en Dios y no en nuestra razón o entendimiento.

Para introducir el tema de la resurrección, que se tratará de manera más profunda para la estación de la Pascua, se puede comenzar con un breve resumen de la historia de Jesús, sus milagros, acciones y mensaje, para terminar con su muerte en cruz y su vuelta a la vida en la resurrección. Es importante que los niños puedan tener al menos un ejemplo “palpable” ante esto. Cuidando el caer en una “catarsis grupal”, los niños pueden hacer preguntas sobre la muerte y la resurrección. Es importante que siempre hablemos desde la experiencia de Jesús, que es la única base para hablar de la resurrección y de la vida eterna. Si la reunión da para charlar más sobre el tema de la muerte y resurrección es

recomendable que se aproveche la oportunidad, aunque con mucho cuidado, ya que podemos abrir heridas que no podremos cerrar. Ante situaciones complicadas, que requieren de más tiempo o de un tratamiento personalizado o quizás, psicológico, debemos aprender a parar y conocer nuestras limitaciones. Quizás más tarde se podrá seguir la conversación o se puede hacer una visita a los padres para charlar con ellos en el caso que uno perciba un conflicto serio en alguno de los chicos.

Como dinámica, tanto para chicos como grandes, vamos a utilizar un par de huevos (o más). Necesitamos al menos un huevo crudo y uno cocido. Si se cuenta en el salón con una cocina cerca, es recomendable que los niños vean cuando uno pone el huevo en agua. La dinámica consiste en comparar nuestro estado de vida y muerte con el estado del huevo. Primero tomamos dos (o más) huevos crudos y mostrándoselos a los chicos les preguntamos ¿qué son éstos? Sí, ¡huevo! Ahora tomamos un huevo crudo y lo ponemos en agua para hervirlo y que quede duro (unos 8/10 min.). Mientras tanto, tomamos otro huevo crudo y preguntamos de nuevo ¿qué es esto? Sí, ¡un huevo! Sin previo aviso, lo lanzamos visiblemente contra el piso (o superficie dura), ¿y qué es ahora? Entre caras de asombro y risas, distintas respuestas se dirán, pero sea lo que sea, lo que está ahora desparramado, sigue siendo un huevo. El problema es que ahora el huevo cambió de estado, sigue siendo huevo, pero está roto y ya no sirve, porque está desparramado por todo el lugar. Damos tiempo para que los chicos vean el huevo y traten de comprender que aunque está roto, sigue siendo un huevo. Podemos repetir el proceso o charlar al respecto hasta que el huevo en hervor esté listo. Tomamos ahora (sin quemarnos) el huevo duro y preguntamos ¿qué es esto? Ya sabemos, ¡un huevo! Sin aviso, lo tiramos (sin mucha fuerza) al mismo lugar en donde tiramos el huevo crudo. Si el huevo está bien cocido, rebotará y a lo más se romperá un poco la cáscara. Preguntamos ¿qué es esto? ¡Un huevo duro! Notemos que la cáscara está todavía en el huevo, aunque esté quebrada. Demos algunos momentos de observación del huevo. Si se puede, se pueden hacer varios huevos para que los chicos puedan tocarlos y verlos más de cerca, así logramos más atención y comprensión por su parte. Como reflexión final explicamos que la muerte es como el cambio de estado del huevo. Si bien el primer huevo quedó roto contra la pared, siguió siendo huevo. Así somos también nosotros. Cuando morimos, seguimos siendo nosotros y a pesar del cambio de estado, sigo siendo yo (“sigo siendo huevo”). ¿Cuál es la diferencia entre el huevo crudo y el huevo duro? La diferencia es Cristo. Así es, ya que nosotros somos como el huevo duro, cuando morimos, no nos desparramamos, sino que seguimos siendo nosotros. Nuestra cáscara es Cristo, que con su resurrección, nos da la posibilidad de resucitar y de tener vida. ¿Qué pasa si a nosotros nos hierven durante 10 minutos? Seguramente moriremos, pero al igual que el huevo duro, sólo cambiaremos de estado. Nuestra vida continúa tal como vemos a este huevo que está duro. El huevo cambió de estado. Antes estaba crudo y ahora está duro. Nuestra vida también cambia, antes de Cristo simplemente moríamos y se acababa ahí, ahora con Cristo, nuestra vida no cesa pase lo que pase. ¡Si tenemos fe, somos como un huevo duro! Nos pueden dar contra cualquier pared, y nuestra vida continuará. Ésta es la vida que Dios quiere para nosotros, una vida que no termina nunca.

Tenemos presente que...

Miqueas

Miqueas fue un campesino de origen humilde, que vivió desde niño las amarguras del campesino sometido a la prepotencia de quienes «codician campos..., oprimen al dueño y a su casa, al propietario y a su herencia» (Miq. 2:2). Es contemporáneo a Isaías, Oseas y Amós.

Comenzó su ministerio profético alrededor del año 740 a.C. y era un representante típico de lo que la Biblia llama el «pueblo de la tierra», es decir, la parte con menos influencia extranjera.

Por un lado, este profeta predijo la ruina de la agonizante Samaría y el Reino del Norte, Israel (ocurrida en el año 722 a.C. bajo el imperio Asirio) y, por otro, anunció que al Reino del Sur, Judá, le pasaría lo mismo. En sus oráculos se advierte claramente una de las constantes del profetismo: la sucesión entre las amenazas de castigo y las promesas de restauración. Miqueas denuncia de manera especial todo tipo de injusticias sociales de las que eran víctimas los campesinos refugiados en Jerusalén, por la guerra con los asirios, por parte de los ricos y poderosos. Así habla de la maldad, la violencia y opresión de las clases poderosas, la tiranía de los jefes, la codicia de los sacerdotes y de los profetas oficiales, lo despiadado de los comerciantes y de los acreedores.

Del futuro habla con una firme esperanza en lo nuevo. Aunque observa la monarquía y, concretamente, la dinastía de David con ojos críticos, alimenta la esperanza de que el Mesías pertenezca a este linaje real. También se destaca que señala a Belén como el lugar del nacimiento de ese futuro Mesías (Miq. 5:1-5).

Por un texto de Jeremías (26:18-19), sabemos que la predicación Miqueas tuvo gran influencia en Jerusalén y contribuyó en gran manera a la reforma religiosa del rey Ezequías (2 Reyes 18:1-6).

«No te alegres de mi suerte, enemiga mía, porque he caído, me levantaré; si habito en las tinieblas, el Señor es mi luz. Tengo que soportar la ira del Señor, porque he pecado contra Él, hasta que Él juzgue mi causa y me haga justicia. Él me hará salir a la luz y yo contemplaré su justicia.»

Miqueas 7:8-9

୧୧୧୧୧ ୩୩୩୩